

## “Ver con el corazón” Una sentencia contra la metáfora.

*Ricardo T. Ricci*

“Cierta día Bernard Shaw estaba en su estudio y el jardinero le dijo:  
Maestro el jardín está lleno de larvas, a lo que éste contestó:  
¡Qué bueno! tendremos mariposas”

Esta honorable corte emite su sentencia contra la metáfora que todo lo destruye y todo lo confunde. Contra la metáfora que inventa mundos y realidades, y luego los entremezcla confundiendo el plano en el que ha de funcionar la razón de los hombres. Esta corte no hace lugar a la apelación interpuesta por la querella. De este modo, determina que los sucesores de cuanto embustero haya escrito, escriba o fuera a escribir en clave metafórica, carecen de derecho a exigir un lugar en el mundo de la realidad.

Declaramos formalmente que es falso que sin metáforas no se podría vivir. Que es falso que, sin metáforas, nuestro lenguaje se limitaría a un exiguo señalamiento básico. Esta corte afirma lo contrario y aboga por un lenguaje preciso, pulcro y sin equívocos. Para hacer descifrable su postura, este cuerpo echará mano a unos pocos ejemplos, ya que escribir todos los desaciertos metafóricos nos llevaría, lamentablemente, a una biblioteca infinita.

Vamos a tomar unas pocas sentencias de un famoso escritor galo para ejemplificar y hacer comprensibles nuestras conclusiones.

Procedamos de este modo entonces:

a) Se afirma que el asteroide B 612 es un poco más grande que una casa (Pág. 18 de la edición de EMECE, Argentina). En un cuerpo celeste de esa envergadura es totalmente imposible la forma humana de vida. Por su escasa masa carecería de una significativa atracción gravitacional. De tal modo, todo lo que no estuviera aferrado a su superficie saldría expulsado al espacio exterior. En páginas posteriores se afirmará acerca de la existencia de un vegetal que ‘aborrece’ las corrientes de aire (concepto en sí mismo insostenible).

Sin embargo, el tamaño del asteroide B 612 hace imposible la existencia de climas, vientos y demás efectos meteorológicos ya que no existe algo parecido a una atmósfera. El solo crecimiento de un retoño de 2 Baobab bastaría para sacar al pequeño asteroide de su eje y alterar su trayectoria de manera definitiva; ello lo privaría de la exposición a una estrella que posibilitara un esbozo de fotosíntesis. Todo esto suponiendo que el citado vegetal encontrara algo de humedad y de CO<sub>2</sub> en tan hostil entorno. Por estos y otros tantos motivos que constan en el expediente, afirmamos que el asteroide B 612 no existe y que por lo tanto se trata de una burda metáfora.

b) Se da cuenta en la página 44 de la citada edición, de la existencia de otro pequeño planeta cuyo único habitante es un bebedor. La actividad exclusiva de este buen señor es beber (situación a todas luces improbable). Se supone que abusa de algún tipo de bebida alcohólica ya que se encuentra rodeado de botellas llenas y botellas vacías. No se consigna el número de botellas, de ser muchas, algunos cientos, la

habitabilidad del pequeño planeta sería inviable por falta de espacio. En el pequeño planeta no hay sitio para un mísero viñedo, ni para un pequeño barril de añejamiento, mucho menos para una destilería doméstica. Podría ser que el citado bebedor importara su vicio de otros planetas, en ese caso sería imposible que este señor explicase la procedencia del dinero o de cualquier otro tipo objeto que sirva para intercambio o trueque. Además bebe para olvidar... para olvidar la vergüenza. La vergüenza de beber. Una inevitable tautología del planteo metafórico. A este hombre solo, ¿de dónde le surge este sentimiento de vergüenza?

Parecería ser un sentimiento propio de algún entorno cultural, de presencia de otros, condiciones de las que el señor bebedor carece por definición. Es más, para tener vergüenza hace falta acceder a la noción de *self*, de uno mismo. Hace falta ser un YO, para tener vergüenza ante otro. Este escenario es a todas luces ajeno al señor al que se refiere el texto. Por lo tanto, la existencia del bebedor es altamente dudosa e improbable, por lo que venimos a afirmar que se trata de otra enorme y falaz metáfora.

c) Finalmente, para no excedernos, abordaremos el nudo de semejante libelo. Se afirma en la página 72, otorgándole voz humana a un mero zorro: “Es muy simple, no se ve sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos.” Se trata del colmo de la metáfora. Cuando la sentencia metafórica se convierte en una unidad fácilmente memorizable (un meme diría alguien) la misma alcanza un poder mayúsculo. El órgano de la visión es el ojo. Ya lo afirmó el maestro Aristóteles: todo lo que llega a nuestra mente ha pasado

antes por nuestros sentidos. Todo lo que se refiere a ver, necesariamente incluye al ojo. Ver con el corazón es una metáfora detestable. Esta corte no es ajena al significado de esa premisa, sin embargo la condena por artera y confusa. Por qué no afirmar llanamente, que nuestros ojos nos permiten percibir signos que nos resultan evidentes simplemente porque en nuestro cerebro hay conexiones con áreas de integración que implican a circuitos emocionales además de las áreas ejecutivas.

En ese diálogo de asambleas neuronales, nuestro ojo aporta información para que el conjunto le otorgue valor relacional y cultural. ¿Es tan difícil plantearlo de este modo? Ya dijo Kant que no poseemos la capacidad de acceder a los Noumenos, sólo estamos capacitados categorialmente para dar cuenta de los fenómenos. Lo esencial está más allá de nuestro ojo, inalcanzablemente más allá. Sin embargo nuestro aparato psíquico cuenta con la intuición que puede tener un acceso directo a la verdad mediante atajos que no conocemos.

Decir que lo esencial se ve ‘sólo con el corazón’ es un abuso literario. Intentando lograr un modo de decir, se encontró un modo de confundir. Como dijimos, estos son sólo unos pocos ejemplos de la capacidad anárquica de la metáfora. Esta corte ratifica su sentencia y condena a los autores a abstenerse del uso de la metáfora bajo pena de condenarlos al exilio en los asteroides A 344 y D 567, presidios unipersonales superpoblados ya; a la compañía perpetua de adictos de todo tipo: lectores empedernidos, noctámbulos, insomnes habitantes de planetas atiborrados de sueños, de proyectos irrealizables, de épicas historias.

Los condenamos sin misericordia, a la contemplación de la realidad para intentar desentrañar los secretos de lo que llaman esencial. Los condenamos a que encuentren la manera de hacernos comprensibles la belleza, la bondad, la verdad. Deberán extremar la imaginación, acaso pueden usar alguna analogía, para decirnos en palabras llanas de que se trata la justicia, la equidad y el amor. Los conminamos a que, con cualquier recurso, den razón de nuestros miedos ancestrales, nuestras alegrías inexplicables, nuestras angustias vitales. Deben empezar por lo siguiente.

Deben encontrar las palabras adecuadas para explicarle a esta corte el significado del siguiente pronunciamiento:

“Es un gran misterio. Para vosotros que también amáis al Principito, como para mí, nada en el universo sigue siendo igual si en alguna parte, no se sabe dónde, un cordero al que no conocemos ha comido, sí o no, a una rosa...

-Mirad al cielo. Preguntad: ¿el cordero, sí o no, ha comido a la flor? Y veréis como todo cambia. ¡Y ninguna persona grande comprenderá jamás que tenga tanta importancia!”

Esta corte se reconoce incompetente para desentrañar el sentido, de eso se trata, de desentrañar en sentido. Todo en la vida es desentrañar sentido...del modo que sea, de cualquier manera.

Publíquese y archívese en todos los rincones del universo incluyendo los asteroides menores.